



DETALLES DE MI VIDA - PARTE 1

# Detalles de Mi Vida – 1a Parte

Libro 11, Compilación #01 de publicaciones de LHDD sobre el tema, por laclaveenaudio.com – Enero 2022  
(Todos los fragmentos de profecías provienen de Jesús, a menos que se especifique lo contrario.)

¿Qué tal si os acercáis para que pueda estrecharos en Mis brazos y contaros detalles más íntimos de Mi vida? Me gusta mucho hablaros de este modo, en privado y en la intimidad que nos brinda este rincón, acurrucados en Mis brazos.

Mientras estuve en la Tierra, fieles escribas anotaron algunas de Mis Palabras y porciones importantes de Mi testimonio. Mas como para Mí vosotros sois más que meros discípulos y amigos, porque sois Mis esposas íntimas, sé que ansiáis que os hable mucho más en detalle de Mi vida, y me deleita contároslo. Me agrada hablaros así de ella. <sup>(1)</sup>

## Salí del Cielo para Ser Misionero en la Tierra

Mi Padre me llamó a Su lado para darme la confirmación definitiva de la gran misión que me encomendaba. ¡Qué día aquel! Sabía que Mi destino era, desde el principio, esa misión. Íbamos a tratar de los detalles, y Yo sabía que sería de una importancia trascendental. Iba a encarar la oportunidad de llevar a cabo el logro que coronaría Mi existencia. Sabía que con la decisión que estaba a punto de tomar tenía en Mis manos el formidable poder de alterar el curso de la historia universal.

Mi Padre y Yo caminamos mientras conversábamos. La brisa suave y refrescante de los jardines del Cielo nos dedicaba dulces melodías de alabanzas. Fue un momento serio cuando observamos desde el Cielo a los hijos de los hombres y el estado de la Tierra bajo su gobierno.

Yo ya había examinado los caminos de los hombres y las consecuencias que les esperaban por haber escogido mal. Desde el principio de los tiempos había participado muy activamente en los asuntos de la humanidad. Pero sabía que a menos que me hiciera carne y habitara entre vosotros, como uno más, no lograría comprender del todo vuestra forma de ser ni podría compadecerme a cabalidad de vuestros padecimientos. Para experimentar los mismos sentimientos y ser probado en todo como vosotros tenía que hacerme como vosotros. Tenía que encarnarme en un cuerpo humano para poder ser mejor sumo sacerdote y mediador.

Los hombres, me habían decepcionado con su forma de hacer las cosas. Si la humanidad hubiera escogido mejores opciones, no habría segado los resultados perjudiciales que la tenían cautiva y limitada. Lamentablemente, en innumerables ocasiones eligió la senda contraria a la celestial. Mientras Mi Padre y Yo paseábamos contemplamos todo lo que habíamos creado, y subieron a Nuestros oídos los clamores de los hombres. Se nos partió el corazón al ver el estado del mundo. Consultamos los pasos a seguir, pues sabíamos que había llegado el momento dispuesto desde el comienzo de los tiempos en que habríamos de hacer algo para remediar la situación.

Entonces repasamos juntos el plan que estaba establecido desde la creación del mundo, ya que los dos sabíamos que, a consecuencia de las decisiones de los hombres, llegaría el día

en que la necesidad sería tal que estaría en juego la salvación de la humanidad. Así y todo, como es Su costumbre, Mi Padre me dio a escoger; me dijo que tendría que decidir Yo. La única forma de rescatar de las garras de Satanás a Mis amores, a vosotros por quienes habíamos creado los cielos y la tierra y a quien amábamos y seguimos amando de un modo tan total; la única forma de que pudierais volver a Casa, era intervenir.

“¿Qué he de hacer, Padre? -le pregunté-. ¿Debo ir de misionero a la Tierra para poder dar la Salvación a toda la humanidad?”

“En efecto, Hijo Mío. Tú, como unigénito Mío, eres el único que tiene la clave de la redención.”

En ese momento se dispararon Mis pensamientos, al pensar en todo lo que ello suponía. ¿Tendría que dejar el Cielo por un tiempo y emprender un viaje muy largo? ¿Salir del Cielo para ser misionero en la Tierra y Salvador de la humanidad? ¿Salir del Cielo para llevar las cargas del mundo entero sobre Mis espaldas, corregir lo que estaba mal y romper las ligaduras de maldad que suponían una amenaza para vuestras almas? ¿Abandonar el Cielo para vencer al mundo y libertaros? ¿Abandonar el Cielo y experimentar la muerte física a fin de libraros para siempre de la muerte, amores Míos? ¿Abandonar el Cielo para reconquistaros, para que volvierais a Mis brazos eternos? <sup>(2)</sup>

Tuve sentimientos ambivalentes. Por un lado me entusiasmaba tan importante misión. ¡Estaba impaciente por partir! Me moría por comunicar la buena nueva, por revolucionarlo todo y enderezar todos los entuertos en Mi campo de misión, la Tierra. Sin embargo, también tenía miedo de caer y de fracasar. Yo también tuve Mis batallas. Me costó abandonar el ambiente cálido y seguro del Cielo. Yo también tuve la tentación de resistirme, y por un tiempo casi ni quería irme. No quería salir del Cielo; ¡la misión se me hacía imposible! Al principio casi no podía entender ni aceptar la idea de dejar atrás el esplendor y la gloria del Cielo. Aun así, obedecí, fui; y al poco tiempo descubrí que el amor que albergaba en Mi interior -el amor que traía del Cielo- bastaba para sustentarme. <sup>(3)</sup>

La tarea no me iba a resultar fácil, ya que para llevarla a cabo tendría que adoptar la vestidura de carne humana. Tendría que hacerme carne y habitar entre vosotros, hacerme como vosotros en todo sentido: vivir igual, sentir lo mismo, conocer vuestras mismas alegrías, reír con vosotros, llorar con vosotros, sufrir vuestros dolores. Tendría que llevar todas vuestras cargas -vuestro dolor y sufrimiento- sobre Mis frágiles espaldas humanas. Tendría que experimentar la muerte como pecador para que pudieseis resucitar y vivir para siempre.

Nos miramos profundamente a los ojos, y no hicieron falta más palabras. Todos los pensamientos e intenciones de Mi corazón estaban al descubierto. Ninguno de los dos lo puso en duda. Ante la gracia, gloria y majestad del Cielo, en nuestro corazón ardíamos en deseos de teneros a todos, Nuestros entrañables hijos, otra vez a salvo en Casa. Sabíamos el sacrificio que nos iba a costar. Así dio comienzo la mayor historia de amor del universo, de todos los tiempos. He aquí que no hay mayor amor que éste, que el Padre dé a Su Hijo unigénito para que vosotros viváis. Por tanto, me dispuse a emprender Mi viaje misionero.

En medio de los vítores y alabanzas jubilosas de Mi despedida celestial, en aquellos

últimos momentos en que nos decíamos adiós, justo antes de llegar a la Tierra, Mi Padre me tomó en Sus brazos de un modo como nunca lo habíamos hecho, y lloramos. Jamás se había hecho un sacrificio así en todo el transcurrir del tiempo. Mas no podíamos cambiar de idea.

El amor que os teníamos era puro e inamovible, y no nos arrepentíamos. De todos modos, derramamos algunas lágrimas, pues pensar en separarnos suponía un sacrificio inmenso. Aun ahora esto sigue siendo un misterio para vosotros, amados Míos, ya que hasta que lleguéis a Casa no podréis comprender cabalmente la magnitud tan tremenda de esa grandísima renuncia, que en el Cielo es llamada la renuncia suprema, la cual vivimos Nosotros para que pudierais tener vida.

Así pues, en aquel momento tan difícil en que Mi Padre y Yo teníamos que separarnos, nos corrieron las lágrimas por las mejillas. Aunque somos inseparables en todo, por un tiempo sería Hijo de hombre además de Hijo de Dios. Es que en el fondo sabíamos que cualquier precio que pagáramos sería poco para salvaros, amadísimos hijos. De modo que lo que parecían lágrimas amargas y renuncia se tornaron en lágrimas de alegría, porque sabíamos que valía la pena hacer cualquier cosa -dar la vida, Nuestro amor, todo lo que pudiera haber en el Cielo- con tal de redimiros. Con tal de teneros otra vez a Nuestro lado, valía la pena darlo todo para recobraros de las garras de Satanás.

Para Mí, la sola idea de dejar atrás el esplendor del Cielo y el ambiente idílico y perfecto al que estaba acostumbrado no me asustaba como pensar en apartarme de Mi Padre, ya que no había conocido otra cosa que Su presencia. Aunque sabía que Él estaría siempre a Mi lado durante Mi misión en la Tierra, al mismo tiempo era consciente de que al revestirme de carne humana emprendería la aventura de conocerlo de una manera muy diferente. Efectivamente, en ese momento Yo, vuestro Sumo Sacerdote, me vi en cierto modo al borde de lo desconocido, dado que hasta que me hice hombre y estuve en carne humana no pude compadecerme plenamente de vuestros padecimientos, pues no los había conocido.

Al hacerme como vosotros, al convertirme en un ser humano, comencé a sentir lo que sentís, a experimentar lo mismo que vosotros, y el objeto de ello era facultarme para ser vuestro Sumo Sacerdote. Tenía que pasar por las mismas pruebas que vosotros. Tenía que ser tentado en todo según vuestra semejanza. Debía pasar por todo ello, no debía saltarme nada. Sabía que con esa experiencia como hombre y con lo que sufriría al cumplir Mi misión en la Tierra aprendería la obediencia. Sabía que al hacerme como vosotros en todo sentido ya no volvería a ser el mismo.

Os cuento todo esto ahora, amores Míos -que me revestí de carne humana, hasta qué punto viví vuestras debilidades a fin de poder compadecerme de ellas y que pasé las mismas pruebas que vosotros-, para que ese pensamiento os infunda aliento. Permitid que eso encienda la chispa de vuestra fe a medida que os adentráis en los grandes días que se avecinan. Pensad en todo esto, amores Míos, y sabed que si fui tentado en todo como vosotros y logré salir adelante, vosotros también podréis salir adelante. Me aferré al Cielo, y el Cielo se aferró a Mí. De igual manera se aferrará a vosotros en la medida en que claméis a Mí. Aunque los días de tinieblas están al caer, el Cielo os hará triunfar vez tras vez.

Que ese pensamiento os infunda aliento: recordad que, en lo físico, Yo era como vosotros. Encaré las mismas opciones, las mismas pruebas. Tuve que experimentar los mismos

conflictos. Esa fue Mi mayor batalla: hacerme hombre, adoptar la carne humana con todas sus flaquezas y debilidades a fin de que pudieseis vivir para siempre. Pensad en esto, y que ello os espolee en los días venideros: al igual que Yo resistí las asechanzas de Satanás, ¡podéis resistirlas vosotros, con la ayuda de Mi Palabra y de la victoria eterna que ya os he concedido!

Era el Hijo de Dios, envuelto en la frágil carne humana. Adopté vuestra forma a fin de entenderos mejor. Para poder comprenderos a fondo, tuve que someterme a las mismas debilidades que tenéis que superar vosotros. Tenía que saber lo que era aguantar, luchar, soportar, resistir la tentación, cansarme. Tuve que experimentar todo eso para poder entenderos bien.

De todos modos, arribé a la Tierra con otra misión: no sólo debía llegar a entenderos, sino también ayudaros a entendernos a Mí, Mi amor y el amor de Mi Padre. Para eso era necesario que conservara Mi conocimiento del Cielo, que no olvidara cuál era Mi misión en la Tierra ni perdiera el vínculo con Mi Padre. Así podría transmitir os todo eso y manifestaros el amor que sentimos por cada uno de vosotros. Pero tenía que luchar para no perder de vista el objetivo, igual que vosotros.

Cuando digo que no me diferenciaba en nada de vosotros me refiero a que en cualquier momento habría podido dejar de hacer lo que tenía entre manos y abandonar la misión en que estaba empeñado. Habría podido decir que me costaba demasiado, que la fatiga era más de la que podía soportar, que no me habían recibido como debían. Era una situación muy parecida a la vuestra.

Contáis con más Palabra y promesas Mías que ningún otro pueblo de la historia. Sabéis más cosas sobre el Cielo, Mi voluntad, Mis caminos y Mi plan que ningún hombre que haya existido antes de vosotros excepto Yo. He puesto en vosotros el conocimiento de esas cosas y sigo apacentándoos con Vino Nuevo a fin de que tengáis fuerzas para terminar de cumplir vuestra misión, como las tuve Yo. Ahora bien, sois libres de escoger hacerlo o no, como lo fui Yo. Era algo que Mi Padre no podía hacer por Mí. Cada día Yo tenía que volver a decidir. Tenía que madrugar a pesar del cansancio a fin de pasar un rato en comunión con Mi Padre y obtener fuerzas para el día. Vosotros, amadísimos, tenéis a vuestra disposición la misma comunicación con el Cielo.

Así como Yo conservé el conocimiento del Cielo y de cuál era Mi misión en la Tierra, os he transmitido a vosotros un conocimiento bien claro de cuál es Mi plan para vosotros y vuestra misión de acercar a otras personas a Mí, dando la vida por amor. Así como Mi Padre se sentía orgulloso de Mí, Yo me siento orgulloso de vosotros, amados Míos. Os amo. Cuando os digo que os comprendo, no os quepa duda de que es así. Yo también experimenté pruebas y tentaciones, me cansé y sentí fatiga. Pero Mi Padre me dio siempre fuerzas para seguir, del mismo modo que Yo os las doy a vosotros cuando ponéis los ojos en Mí. Ya falta poco para que estéis conmigo en el Cielo, Mis amores, y ya no tendréis que pasar nunca más por esas pruebas tan duras de la Tierra. Os quiero mucho.

Os cuento estos detalles de cuando renuncié a todo y bajé del Cielo porque quiero que conozcáis lo intenso y profundo que es el amor que me atrae hacia vosotros. Sabed que a pesar de lo tremendo de Mi renuncia, no me arrepiento. Sabed, amados Míos, que aguardo con gran ilusión nuestro reencuentro en la morada celestial. Os digo todo esto ahora para que

mantengáis los ojos en el Cielo y sea ello vuestra fuerza impulsora en los días venideros. Ese fue en verdad el secreto que me permitió conservar la victoria: no podía apartar los ojos del Cielo. Tuve que poner el rostro como un pedernal y vivir teniendo siempre delante de Mí la visión del Cielo; eso fue lo que me sacó adelante.

Así pues, ¡alzad la vista, amados Míos, que ya falta poco para que volvamos a estar juntos en nuestro Hogar celestial! ¡Ese sí que será un gran día! ¡Cómo crece Mi amor por vosotros! Por tanto, inspiraos en este amor, y que él os sostenga en los días que se avecinan, al igual que Yo, cuando anduve en la Tierra, aprendí a inspirarme en el amor de Mi Padre y ese amor me sostuvo hasta el fin. Me ayudó a seguir adelante, hasta que llegué al Cielo. Mi amor hará lo mismo por vosotros en tanto que dependáis de Mí y sea Yo el que os saque adelante.

(4)

## Comienzos Humildes

¿Por qué tuve que venir a la Tierra? ¿Por qué nací? ¿Solo para hacer milagros? ¿Solo para demostrarte que Mi Padre te ama? Esos fueron algunos de los motivos, pero también lo hice por Mí, para experimentar lo que ustedes viven y saber así lo que significa ser humano, así como para que me crean cuando les digo que sé cómo se sienten. <sup>(5)</sup>

Desde el punto de vista de ustedes, Mi ministerio en la Tierra es muy grandioso, porque ven el mucho fruto bueno que dio y la forma en que transformó el mundo. Pero si vieran cómo era en Mi época, su perspectiva sería muy diferente. Tuve que aprender a ser siervo. Tuve que aprender a cumplir los designios de Mi Padre, tanto los de Mi padre terrenal como los de Mi Padre Celestial. Tuve que soportar y sufrir los padecimientos y emociones de la carne para entender a cabalidad a cada persona e identificarme con ella. Tuve que renunciar a Mis poderes celestiales para volverme humano y soportar muchas, muchas batallas, pues todo eso fue parte de Mi preparación. (Filipenses 2:5-8; Isaías 53:3-9; Hebreos 5:8-9).

Como ustedes, quería hacer grandes cosas, empezar a sanar a los enfermos y anunciar la buena nueva de la salvación. Pero tenía mucho que aprender primero, así que me sometí y convertí en siervo, en carpintero, en un don nadie a los ojos de los hombres. Habiendo sido el Rey del Universo, pasar a ser un humilde carpintero fue un cambio considerable. Todo ello tuvo una finalidad: tenía que aprender lo que es ser humano y a no apoyarme en Mis propias fuerzas, sino a acudir a Mi Padre para que me las diera.

Hubo muchas cosas que aprendí que hoy en día son piedras angulares en la vida de ustedes. De no haberlas aprendido, no podría identificarme con ustedes ni estaría en condiciones de instruirlos como puedo hacerlo ahora. Ahora puedo afirmar que realmente los entiendo, porque pasé por lo mismo. Así que aprendan a confiar en Mí y a tener fe en que todo lo que disponga que experimenten es para el bien de ustedes y para fortalecerlos. <sup>(6)</sup>

Renuncié a las riquezas del Cielo para unirme a una familia pobre constituida por un sencillo carpintero y su esposa. Mi Padre pudo haber elegido cualquier familia del mundo para

que me criara en ella. Sin embargo, no escogió una familia opulenta que tuviera una hermosa casa. Eligió, en cambio, una familia pobre, que bregaba por conseguir comida, que a veces tenía que padecer necesidad cuando no había mucho trabajo. Me puso allí para que pudiera comprender, para que pudiera hacerme uno. <sup>(7)</sup>

Cuando era niño, no éramos ricos. Tuve que ayudar en la carpintería. Con el tiempo me perfeccioné bastante. Se requerían Mis servicios con mucha frecuencia. Pero en aquel tiempo todo demoraba mucho más, ya que teníamos que cortar los árboles y aserrarlos para hacer tablas. Y el dinero y el tiempo no daban abasto para las necesidades del resto de Mi familia. Así que tenía que pasar tiempo con Mi Padre para hacer frente a las presiones.

Ya adulto, salía temprano por la mañana para estar solo, pero en mis años mozos no siempre podía apartarme. Lo que hacía era que corría una pequeña cortina que me había conseguido expresamente para ese fin y rodeaba el pequeño sector donde acumulábamos el aserrín. Me echaba en la montaña de aserrín y hacía lo mismo que tú en este momento. Pensaba en Mi Padre y recordaba su expresión más feliz. Lo miraba profundamente a los ojos, tal como haces ahora conmigo, y en ellos encontraba paz y comprensión. Habiéndole encomendado Mis afanes, me levantaba renovado y reanudaba el trabajo sintiéndome comprendido y sabiendo que había un par de hombros muy fuertes que llevaban Mi carga y Mis preocupaciones. <sup>(8)</sup>

Yo vine en pañales. Años después, inicié Mi ministerio público, no como alguien que se hubiera criado en el palacio de un rey ni como un príncipe heredero educado para ejercer el poder y asumir grandes cargos, sino como un humilde carpintero. Ese era Mi ropaje, por así decirlo, de modo que cuando la gente me miraba, no veía al gran príncipe heredero que era. No; lo que veía era ni más ni menos que el hijo de un carpintero. Gracias a ello les resultaba fácil aproximarse y pedirme ayuda.

Les encantaba reír y bromear conmigo, beber y jugar conmigo. Yo era uno de ellos. El trato que les dispensaba no era el de alguien que estuviera en un plano espiritual superior. Podían identificarse fácilmente conmigo.

Es cierto que tuve que renunciar a todo para entrar en el cuerpo de ese bebé. Tuve que dejar atrás ni más ni menos que todo, salvo lo que era esencialmente, Mi propio Espíritu. Todo lo demás lo dejé a un lado para hacerme uno de ustedes. Para que vean cuánto los amo. Lo bastante para dejar a un lado Mis propios pensamientos, Mi propia sabiduría. Me despojé y me deshice de todo lo que había recogido para Mí por la eternidad, y me vestí de los atuendos de ustedes, de su guarnición humana.

Ni siquiera nací en una habitación, mucho menos en una casa o una gran mansión. Ni siquiera había espacio para Mí en la casa; tuvieron que ponerme atrás con los animales. Así de humilde y modesto fue Mi ingreso al mundo de ustedes. No pudo haber sido más humilde. ¿Por qué? Porque era menester que me identificara con ustedes y con toda la humanidad, humilde y modestamente, en calidad de siervo de todos.

Nunca había hecho eso. Nunca había ido a la Tierra en esas circunstancias, no para asumir verdadera forma humana. Aunque es cierto que había hecho algunas visitas previas, en

cierto modo esas fueron pruebas en las que tuve asistencia de Mis ángeles y otros seres espirituales. En cambio, en aquella ocasión no era un simulacro. Iba solo y despojado de Mis conocimientos y sabiduría anteriores. Aquello suponía una gran prueba de Mi fe mientras estaba en forma humana. ¿Sería capaz?

Renuncié a todo lo que tenía en la mente, a toda Mi sabiduría celestial, todo aquello que hacía de Mí lo que era. Entré entonces en la morada de Mi cuerpo físico. Encarné un ser humano, sujeto a las limitaciones, dolores y sufrimientos, no solo del cuerpo físico, sino también de las emociones y de la guerra espiritual que eso conlleva. Fue una gran prueba. ¿Conservaría la lealtad y fidelidad a Mi Padre y saldría adelante?

Lo único que sabía en concreto era que Mi Padre lo lograría por medio de Mí siempre y cuando clamara a Él y dependiera de Él. Era todo por fe, fe en Mi Padre y en que contaba con Su respaldo. Era igual que lo es actualmente para ustedes: todo por fe, fe en que cuentan con Mi apoyo. Y en efecto, así es. Mi Padre dio lo mejor de Sí por la humanidad; y lo mejor que tenía era Yo; confió en que no perdería la fe y en que al final saldría airoso.

Ya conocen la historia. Logré ser fiel hasta la muerte, y al final obtuve el galardón: y el galardón eran ustedes, amores Míos. Los recuperé, los reivindicé para Mí y abrí las puertas del Cielo por toda la eternidad para todos aquellos que deseen entrar en él. Vencí a Lucifer.

Antes de entrar en ese gran banco de pruebas que era la Tierra, tenía muchas aprensiones en cuanto a cómo me desempeñaría. Pero una vez que llegué allí y que me afirmé y llegó el momento, el Espíritu de Mi Padre descendió sobre Mí y lo seguí y obedecí.

Lo mismo sucederá con ustedes. Para que Mi Espíritu descienda sobre ustedes, deben ser sumamente humildes. Deben carecer de toda confianza en ustedes mismos. Cuando abrazan esa mentalidad y saben que no son nada, lo que eso significa es que me han dado lugar a Mí, y en el momento indicado intervendré y los guiaré. <sup>(9)</sup>

¿Nací acaso en un palacio? No; nací en un establo. ¿Acaso fui un fogoso profeta desde la niñez? No; desempeñé durante muchos años el humilde oficio de carpintero. ¿Acudió el mundo en tropel a ofrecermé apoyo al comienzo de Mi ministerio? No; fui objeto de desprecio y rechazo, y me vincularon con prostitutas y borrachos. ¿Tuve un vistoso ministerio de alcance multitudinario? No; más que nada desempeñé el humilde ministerio de enseñar y capacitar a Mis doce discípulos y apacentar con las Palabras que recibía de Dios a todo el que tuviera a Mi alrededor y quisiera prestar oído.

Hubo ocasiones en que tuve un ministerio público, cuando las multitudes acudían a Mí porque sentían curiosidad por los milagros o para comer de balde luego de saber del milagro que había hecho con los panes y los peces. Sin embargo, con mucha frecuencia mi ministerio no era otro que el de un tranquilo maestro que se ocupaba de los que necesitaban de Mis Palabras y de adiestrar a Mis discípulos para que continuaran la labor después de Mi partida. La popularidad era pasajera. Lo perdurable era la Palabra que había sembrado. Fueron las enseñanzas y los cuidados prodigados los que a la larga llevaron fruto en la vida de Mis discípulos y los motivaron a transformar el mundo y llevar Mi verdad a millones de personas. De unos humildes orígenes salió algo muy grande.

Es que Mi Padre tenía un maravilloso designio para Mi vida, de la misma forma que Yo



tengo uno para las de ustedes. Por medio de Mi vida y ministerio -que fueron aparentemente humildes, sencillos y de corta duración-, Dios ha obrado en la vida de millones de personas a lo largo de los siglos. Fue glorificado y muchos se sintieron atraídos a Él porque no me importó que me despreciaran y rechazaran los hombres. Me limité a cumplir las instrucciones de Dios aunque la gente culta de Mi época desdeñaba Mis métodos. Muchos quisieron proclamarme rey para que los liberara del yugo romano, pero no era esa la voluntad de Dios. Los judíos ansiaban convertirse en una nación grande, poderosa y opulenta regida por Mí, mas Dios había dispuesto un plan mayor y mejor. <sup>(10)</sup>

Yo no tuve sabiduría desde el día en que nací. Tuve que aprender por medio de las experiencias que viví (Lucas 2:52). No era omnisciente ni perfecto. De haberlo sido, jamás habría entendido lo que es aprender, discernir, madurar y ser sometido a prueba. Podría recurrir a la sabiduría de Mi Padre. Ustedes también cuentan con ella. Sin embargo, el conocimiento que había tenido en el Cielo había quedado detrás de un velo; de otro modo, Mi estadía en la Tierra no habría sido una prueba válida.

En efecto, aprendí cosas en la Tierra que no conocía en el Cielo. Antes de ir a la Tierra no sabía lo que era vivir como lo hacen ustedes. No sabía lo que se siente al pasar por las experiencias que viven ustedes y tener que tomar las decisiones que ustedes tienen que tomar. De haberlo sabido todo antes de ir a la Tierra, no habría tenido mucho sentido vivir 33 años. Lo hice para poder aprender lo que es ser humano. Si eso no hubiera constituido una parte importante de Mi misión, podría haber aparecido en la Tierra a los 30 años, vivido un par de años y luego haber muerto por los pecados de ustedes. Evidentemente Mi vida era mucho más que eso. Había muchas más cosas que tenía que aprender y experimentar. Por eso pasé tantos años en la Tierra.

Estando en la Tierra tenía que experimentar lo que es ser como ustedes, saber lo que es no tener todas las soluciones a mano, sino verse obligado a orar y obtener soluciones y sabiduría del Cielo. No debía ir a la Tierra con todos los conocimientos del Cielo, sabiéndolo todo para poder responder las preguntas de la gente y resolver todos los problemas del mundo por Mi cuenta. No era esa la idea en modo alguno. Obraba junto con Mi Padre, igual que ustedes obran en colaboración conmigo hoy en día.

Tenía que recurrir al poder de Él, al del mundo del espíritu. No podía hacerlo todo por Mi cuenta. Al igual que les pasa a ustedes actualmente, no tenía acumulada en Mí la sabiduría del Cielo. Tenía que obtenerla, tenía que pedirla, absorberla, estar abierto a recibirla, lo mismo que ustedes hoy.

No es fácil explicar algunos de estos conceptos en términos terrenales. Aunque es cierto que vine y viví la vida del hombre, eso fue tanto por el bien de ustedes como por el Mío. El principal motivo que tuve para ir a la Tierra fue que ustedes me conocieran como hombre de carne y hueso, que supieran que, en cierta medida, viví todo lo que han de vivir ustedes, y puedan por tanto tener fe en que los entiendo. No es que al ir a la Tierra renunciara a Mis prerrogativas como Hijo de Dios. Se podría decir que opté por dejar ciertas cosas detrás de un tabique en Mi Espíritu, a fin de vivir más las experiencias de ustedes, sin conocer o entender totalmente el pasado, el presente y el futuro. Así pude llegar a entenderlos más.

El caso es que siempre tuve amor incondicional. Ese fue el principal motivo por el que vine a la Tierra. Siempre tuve conocimiento y comprendí que estaba como Dios entre los humanos, para ayudarlos, para salvarlos, para manifestarles Mi amor. Soy y siempre he sido su Dios, su Salvador, profundamente enamorado de ustedes. Lo sé todo, y aunque haya optado por ir a la Tierra a vivir algunas experiencias en carne propia, eso no significa que no las conociera antes o que no supiera de ciertas cosas que no existían en aquellos tiempos. Pero fui a la Tierra para experimentar la totalidad de las emociones humanas, y como les dije, lo hice tanto por el bien de ustedes como por el Mío.

Y por haberlo hecho, ustedes saben que no soy un sumo sacerdote que no sienta el dolor de sus aflicciones, ya que en todo se me tentó como a ustedes. De modo que el justo término medio se encuentra en lo mejor de los dos mundos: fui a la Tierra para vivir como viven ustedes, y a la vez era y seré siempre omnipotente y omnisciente y los amaré sin condiciones. Si opté por bloquear parte de ese poder cuando estaba en la Tierra a fin de experimentar las emociones humanas con mayor claridad, fue parte del amor que les tengo.

(11)

## **Todo Giró Alrededor del Amor**

Cuando estaba en la Tierra me dedicaba a amar, y hasta el día de hoy lo hago. Yo asistía a bodas y entierros; iba a comer donde me invitaban. Recorría las mismas calles que los demás, bebía de los mismos pozos, dormía en los mismos lugares. Me gustaba rodearme de personas: hablar con ellas, transmitirles enseñanzas, ayudarlas, sanarlas. Me gustaban los niños. Tenía tiempo para los demás. Así era, así sigo siendo, y así serás tú a medida que vayamos pasando cada vez más tiempo juntos e influya más en ti.

Es verdad que la gente me escuchaba cuando recorría los polvorientos caminos de Palestina y le hablaba de Mi Padre en las calles, en su casa y en las colinas y les daba Sus palabras. Pero en realidad lo que los conquistó fue el amor que transmitía con Mi mirada cuando le hablaba a cada uno, el interés y la ternura de Mi corazón, que se reflejaba en Mi rostro cuando escuchaba las penas y dificultades de los demás, la compasión que les manifestaba al orar por ellos y pedir a Mi Padre que los sanara, la empatía que notaban en Mí, que me motivaba a continuar dando sin parar, hasta cuando estaba agotado y necesitaba apartarme de todo y descansar. Lo que daba vida a Mis palabras, lo que llegaba al corazón y suscitaba grandes transformaciones y hasta milagros era la manifestación visible y tangible del amor de Mi Padre, de tal forma que podían sentirlo y entenderlo.

Viví y anduve cada día entre la gente del mundo, inmerso en su cultura, entre las aglomeraciones y multitudes. Conversaba y comía con las personas, bebía y bailaba con ellas; las escuchaba y sanaba, rogaba por ellas y les hablaba. Compartía sus penas y sinsabores, así como también sus alegrías. Mi vida se cruzó con la de ellas en muchos puntos y me puso en contacto con muchas escenas, situaciones, problemas, formas de sufrimiento y experiencias humanas distintas. A diario me encontraba con las necesidades abrumadoras de la gente y con un mundo carente del amor y de las soluciones que se me había enviado a dar. Tenían que

identificarse conmigo, y para eso tenía que ser comprensivo y compasivo, y al mismo tiempo ser fiel al mensaje y llamamiento que me había encomendado Mi Padre. ¿Cómo lo logré?

La clave estuvo en manifestar amor mediante el ejemplo. La gente ya había oído predicaciones de otros. Oía con frecuencia la Palabra de Dios leída y hablada por los sacerdotes de sus tiempos. Lo que le faltaba era la manifestación del espíritu de amor que daba vida a esas palabras, aplicar la Palabra con amor. Eso fue lo que vieron en Mí: el ejemplo, la manifestación del amor y la compasión de Mi Padre, la empatía y la comprensión, y la claridad de la verdad de Sus palabras. Para la gente, eso era lo que daba vida a la Palabra de Dios. Y lo mismo pasará con ustedes, Mis testigos y discípulos de hoy. Es la aplicación de la Palabra con amor lo que atrae a la verdad. <sup>(12)</sup>

Piensen en el ciego de la Biblia al que le di la vista. Mis enemigos le dijeron: “¿No sabes lo que ha hecho este hombre? ¿Por qué te asocias con Él? Es un pecador.” Y él respondió: “No sé lo que ha hecho. Si es pecador, no lo sé. Una cosa sé, que habiendo yo sido ciego, ahora veo” (Juan 9:24-15).

En esencia, lo que estaba diciendo era: “Me da igual lo que piensen de este hombre. No me importa lo que haya hecho o lo que piensen que haya hecho. Lo único que sé es que me hizo el regalo más valioso que podría haberseme hecho. Me dio la vista. Me amó lo bastante para preocuparse por mí. Eso es todo lo que me importa. He conocido su amor de primera mano.” <sup>(13)</sup>

## Un Amor Imparcial

Cuando estaba en la Tierra, ¿acaso me preocupé solo por los que se ajustaban a la idea de lo que me gustaba? ¿Basaba Mi amor en que me trataran o no de la manera en que me gustaba que lo hicieran, o se expresaran de manera atractiva o con desparpajo o hasta dureza? ¿Dependía Mi amor de que me cayeran bien?

Yo me entregaba de todo corazón y manifestaba amor en igual medida tanto a los que no eran fáciles de amar como a los que lo eran, tanto a mendigos pobres, sucios y ciegos como a un infame recaudador de impuestos, y a un leproso o a un dirigente de la sinagoga como Jairo o a un centurión romano. Manifestaba igual medida de amor y paciencia a alguien tan lanzado como Pedro, y a Mateo, que era mayor, o por los a veces arrogantes Hijos del Trueno, como los llamé, o al inocente de Juan. <sup>(14)</sup>

No soy selectivo a la hora de repartir amor, como tampoco lo fue Mi Padre. Sean imitadores de Mí. Imiten el ejemplo que les dejé cuando estuve en la Tierra.

Nada más encarnarme y vivir entre ustedes fue prueba de la imparcialidad de Mi Padre conmigo. No me mostró ningún favoritismo ni me otorgó ningún trato extraordinario en el ámbito humano. No me demostró ninguna predilección colocándome en un puesto cómodo, haciendo llover sobre Mí riquezas y fortuna. No me mostró ninguna preferencia dotándome de ningún poder terrenal al que no pudieran acceder también ustedes.

Recorría los caminos polvorientos sin ningún bien terrenal. Fui peregrino y extranjero.

Mi Padre autorizó que pasara por las mismas pruebas y tentaciones que ustedes. Sentí en carne propia las mismas experiencias que ustedes. Tuve que afrontar las mismas decisiones que ustedes. Además, me tocó lidiar con el libre albedrío, decidir por Mí mismo. Tuve que aprender a obedecer por el sufrimiento. Tuve hambre. Tuve sed. Conocí el dolor. Supe lo que era tener el corazón quebrantado. Fui desechado y despreciado por los hombres. Estuve débil, cansado y con los pies doloridos. Batallé con la carne igual que ustedes. Se me tentó en todos los aspectos igual que ustedes. Era idéntico a ustedes. No se me hizo exención física alguna a las que ustedes no puedan acceder. Sé lo que es sentirse abandonado, solo, agotado, indigente.

En el momento en que Pilatos me interrogó y la muchedumbre abucheaba preguntando por qué, siendo Yo el Rey de reyes, no acudían Mis ejércitos a defenderme, querían saber. ¿Por qué, si Mi Padre era quien Yo afirmaba, no envió legiones para rescatarme en el acto? ¿Quieren saber por qué? Pues muy sencillo: porque no era Mi destino, y Mi Padre no tenía favoritos. Tenía que cumplir Mi misión, el papel particular que tenía que desempeñar. Era preciso que pasara por esas pruebas sin ninguna ayuda sobrenatural ni favoritismos del Cielo. No había ninguna parcialidad conmigo. Tenía que pasar por las mismas penalidades, experimentar las mismas sensaciones, sufrir las mismas pruebas, por ser un ser humano como ustedes. En todo era igual que ustedes.

De la misma manera en que Mi Padre celestial dio el máximo ejemplo al no demostrar ningún favoritismo, y Yo mismo imité ese ejemplo, les digo que lo imiten también. Fui por todas partes practicando el bien, amando y demostrando amor imparcial a cuantos se cruzaban en Mi camino (Hechos 10:38). Hagan ustedes lo mismo. <sup>(15)</sup>

## **Conozco Ni Más Ni Menos lo que Experimentáis**

Durante Mi vida en la carne sucedieron muchas cosas. Pasé por pruebas y batallas, por momentos felices y momentos de tristeza. Tuve que afrontar batallas y aprender lecciones, lo mismo que vosotros, y al igual que vosotros, aprendí a obedecer con las experiencias que viví. Como estaba en carne, tuve que aprender a someterme, obedecer y cumplir la voluntad de Mi Padre de la misma manera que vosotros.

Sabéis que en tanto que os sujetéis a Mí y me sigáis por donde os lleve siempre haré grandes cosas por vosotros. Y lo mismo hacía Mi Padre conmigo mientras estuve en la Tierra. Hacía grandes cosas por Mí y por medio de Mí porque mantenía una relación estrecha con Él y los ojos en Él, porque me sujetaba a Su voluntad y obedecía Su consejo. Sin embargo, había ocasiones en que ello era para Mí una prueba. Como estaba en la carne, tuve Mis batallas de la carne, y cuando me venían tenía que escoger acertadamente, lo mismo que vosotros. Durante Mi vida tuve que tomar cantidad de decisiones, lo mismo que vosotros.

Ahora os voy a hablar más de Mis experiencias humanas, porque sé que os infundirá fe ver que, si Yo salí adelante, vosotros también podréis. Soy consciente de que estas palabras que digo pueden resultaros un poco difíciles de comprender. Pensaréis: “¡Claro, Tú eres el Hijo de Dios! Eres parte de Dios, tienes Su misma naturaleza; ¡con razón que podías salir adelante!”

Entiendo que lo veáis de esa manera, y probablemente pensaréis que, aunque estuviera en carne, por ser el Hijo de Dios debía de tener alguna ventaja a la hora de lograr victorias mientras estaba en la Tierra. Mas tal vez os sorprenda saber que no era así; al menos de la manera en que lo entendéis.

La carne tiene sus limitaciones, y todos los que están en carne son hombres y mujeres de pasiones semejantes. Como ya os he dicho, cuando estaba en carne fui tentado en todo, lo mismo que vosotros. Yo también tuve pruebas que superar. De lo contrario no podría ser vuestro intercesor hoy en día, el que os entiende y el que conoce ni más ni menos lo que experimentáis. <sup>(16)</sup>

A Mí también me traicionaron algunos de Mis seres queridos y aun Mi familia. Yo también experimenté circunstancias difíciles y conflictos hasta con Mis colaboradores más cercanos. También se me tentó con las pruebas, batallas y mentiras del Enemigo. Yo también encaré los retos que suponía la necesidad de provisión para Mí y para Mis seguidores. Afronté la misma medida de obstáculos, tribulaciones y sufrimientos que ustedes, amadas esposas Mías. Se me quebrantó como a ustedes ahora. Hay muchos fragmentos de Mi vida - fragmentos causados por duras experiencias, dificultades, pruebas, sufrimientos, tentaciones, pesar y lágrimas- que las manos de Mi Padre transformaron en un maravilloso e imponente mensaje de esperanza, valor, fe y amor supremo.

¡Alcen los ojos, amados Míos! Al levantar la mirada, verán desde Mi perspectiva. Verán resplandecer Mi luz a través de su vida y transformarse toda dificultad y situación desagradable en una imagen de belleza y perfección. Que el vitral de Mi vida sea también fuente de ánimo para ustedes. Que se les levante el corazón y cobren renovadas esperanzas al ver que recorrí el camino antes que ustedes y llené Mi vida con las mismas emociones, sentimientos y dificultades que encaran ustedes. Si Yo pude salir adelante, Mis amores, ustedes también pueden. Si Yo pude resistirlo, también pueden ustedes. Porque estoy en ustedes, y aunque en este mundo tendrán aflicción, alégrese. Yo he vencido al mundo (Juan 16:33) <sup>(17)</sup>

Ustedes saben que me compadecía de sus debilidades y que se me tentó en todo igual que a ustedes (Hebreos 4:15). Les cuento que cuando habitaba en la Tierra, de joven, estuve al borde del colapso mental. Experimenté el tormento de tener que oír la voz del Enemigo. Yo comprendo la sensación de estar agobiado y haber perdido el dominio de uno mismo. Al tentarme a saltar desde una montaña, el Enemigo trató de matarme no solo mental, sino físicamente.

Padecí de agotamiento mental, casi al punto del colapso. No solo trataba de complacer a Mi Padre, sino que además quería ser un buen hijo para con mis padres terrenales, buen hermano, buen amigo, buen modelo, buen todo. En mi mente carnal me impulsaba el sentido de la responsabilidad. Yo sabía que el poder no estaba en Mí, sino que tenía que venir de Dios, de Mi Padre, pero a veces batallaba con la mente, así como con los ataques del Enemigo. Tenía que aprender a luchar contra él y contra la tentación de apoyarme en Mi propio entendimiento. Era el blanco principal del Enemigo, que intentaba cuanto podía para que Yo

abandonara Mi corona y cediera a él.

Cuando muchos leen en la Biblia cómo el Diablo trató de tentarme, dan por sentado que por ser el Hijo de Dios y tener todo ese poder, con solo levantar un dedo podía frustrar los ataques del Enemigo. No se detienen a pensar que además era hombre. Tuve que aprender a luchar contra el Enemigo como hombre, como ustedes, valiéndome de las armas espirituales que poseía: la oración, las llaves, pedir ayuda a Mi Padre y a los espíritus ayudantes, rechazar al Enemigo y sus demonios y citar la Palabra. Aprendí que cuando combatía en espíritu ganaba.

A veces los ataques del Enemigo me aterrorizaban tanto que pensaba que iba a volverme loco. ¿Por qué Yo, el Hijo de Dios, atravesaba semejante batalla espiritual? ¿Qué me pasaba? ¿Qué había ocurrido con Mi poder? Esas fueron las veces en que experimenté temor en Mi mente humana. Temor a hundirme, temor de que no se me rescatara, a que el Padre no me salvara. Tuve que aprender a sobreponerme al miedo humano y depender del Espíritu y la Palabra de Mi Padre. Tuve que aprender, como todo hombre de fe, a apoyarme en la Palabra y no permitir que el Diablo me quitara la fe en las promesas de Mi Padre. La Palabra y las armas del espíritu eran Mi fuente de fortaleza y lo que me ayudaba a vencer, y también lo serán para ustedes.

Mientras me veía a Mí mismo en la carne, por más que tratara de hallar la salida a los ataques del Enemigo con Mis dos manos, solo sentía que me hundía más. Pero en cuanto empezaba a luchar en espíritu con las armas espirituales invocando las llaves, acudiendo a Mis espíritus ayudantes para que me rescataran, y luchaba en oración y alabanza, al Enemigo no le quedaba otra que dejarme tranquilo. Entonces acudían Mis ángeles a ministrarme. Mi Padre los mandaba a animarme. Me enviaba con ellos un mensaje de aliento diciendo que estaba orgulloso de Mí por luchar. Tomaban Mi cara, me besaban las lágrimas y me animaban a seguir luchando. <sup>(18)</sup>

Cada momento me veía obligado a decidir algo. Tenía tentaciones, era acosado y tenía que resolver si seguía luchando o no. Tenía que escoger entre aguantar y desistir. Tenía que decidir si ceder o no al desaliento, las dudas, los temores y la murmuración. A pesar de conocer toda la gloria del Cielo, Yo también sufrí en numerosas ocasiones la tentación de ceder al qué dirán y compararme con los demás. Mi obediencia, sumisión y fidelidad fueron puestas a prueba aun en los detalles más nimios. Tuve que optar por amar. Se pusieron a prueba Mi amor y Mi forma de amar. Tuve que optar por renunciar a todo, una y otra vez. Tuve que decidir si compartía o no con los demás a Mis más allegados. Tuve que escoger entre transmitir amor y llevar una vida egoísta.

Padecí tentaciones y tuve que elegir. Cuando el Diablo me llevó a lo alto de un monte para mostrarme todos los reinos del mundo, me vi obligado a tomar decisiones difíciles. Tuve que escoger entre una vida mundana y una vida dedicada al Cielo. Sufrí tentaciones, ¡y tuve que luchar largo y tendido! Por último, me tocó la decisión más difícil: si moriría o no por vosotros. Escogí bien, ¡y nunca me arrepentí de ello! Jamás me ha pesado, porque vosotros sois el fruto de Mis buenas decisiones. ¡Tú, Mi preciada Esposa, mereces sobradamente todos aquellos sacrificios! ¡Gracias a que escogí bien te encuentras hoy en Mis brazos! <sup>(19)</sup>

Me tocó tomar muchas decisiones; en qué participar, en qué no... si escogía el camino que me había trazado Mi Padre. No siempre me fue fácil renunciar a cosas que parecían entretenidas o hasta inocentes para continuar andando por la estrecha vía de la suprema voluntad de Mi Padre.

Buena parte de lo que ofrecía el mundo, como por ejemplo adquirir más conocimientos mundanos u obtener riquezas hubieran disminuido Mi fuerza de voluntad para seguir el camino de Mi Padre. Por eso deseché esas cosas. Escogí dejarlas de lado, porque sabía que con cada paso que daba para seguir de cerca Su sendero, el de Su suprema voluntad, me acercaba más al cumplimiento de Mi destino y Mi propósito en la Tierra, que era redimir a la humanidad. Cada paso de obediencia me infundía convicción para seguir avanzando por la vía estrecha que me había destinado Mi Padre conforme a Su voluntad, y así cumplir Mi propósito. <sup>(20)</sup>

En ocasiones pensaba que si Mi Padre enviara legiones de ángeles para solucionar cualquiera que fuese el problema, podría irme a Casa, dedicarme a otras cosas y no tener que preocuparme por el asunto. Un pensamiento que tenía que resistir con frecuencia era el deseo de dejarles la misión a otros. Sin embargo, Mi Padre me había llamado a Mí, y no habría sido Su voluntad que Yo le pasara la tarea a otros.

Desde el comienzo Él me había preparado para aquella misión, me había llamado a realizarla, del mismo modo que Yo os he estado preparando desde el día en que nacisteis con vistas a esta misión de ser modelos para vuestros hermanos. Si no hubiera atendido al llamado que se me hizo, no habría logrado victorias para el Cielo. No habría alcanzado Mi objetivo. No os habría salvado. Toda la preparación y formación que se me impartió habría caído en saco roto, y las cosas no serían iguales. <sup>(21)</sup>

¿Qué fue lo que me dio la compasión, la comprensión, el deseo de ser el Sumo Sacerdote? ¿Cómo podía llegar a entender del todo lo que ustedes viven cada día? ¿Cómo podía percibir el dolor de una pérdida, del fracaso, de las frustraciones que sienten por sus debilidades y defectos? ¿Cómo podía llegar a entender la profunda tristeza que causa la pérdida de alguien a quien se quiere en el alma? Aunque los amo desde la creación del mundo, nunca entendí la magnitud de esas vivencias hasta que estuve a la Tierra y viví esa vida, hasta que sentí esas angustiosas experiencias.

Hasta que el corazón se me hizo añicos cuando me vi separado de Aquel a quien amaba por encima de todo -Mi Padre-, no pude comprender de verdad las necesidades y batallas de ustedes. Es algo que uno no puede captar por simple observación. Algo así solo se puede comprender desde el fondo del corazón, y la única manera de entenderlo es vivirlo en carne propia. Cuando se llora de angustia por lo que se ve como una pérdida de lo que más se ama y aprecia, se comprende el verdadero valor de una pérdida.

Pero eso también tiene su lado positivo. A pesar de vivir la experiencia de estar separado de Mi Padre, terminé acercándome a Él mucho más que antes, de la misma manera en que ustedes se acercarán a Mí gracias a las dificultades que afrontan en su vida y a sus

fracasos. Por medio de esas experiencias les otorgo el privilegio de obtener los dones más preciados: compasión verdadera y profunda, entendimiento cabal de lo que siente un corazón y la capacidad de relacionarse con los demás que solo proviene de los lugares más recónditos de su espíritu. <sup>(22)</sup>

Yo entiendo la debilidad de la carne. Hubo tantos casos en que sentí que no podía más, que no tenía fuerzas para continuar. En momentos así tenía que rogar con más apremio a Mi Padre para que me diera la fuerza sobrenatural que necesitaría para cumplir Mi meta, para hacer la tarea que me había encomendado.

A veces me preguntaba por qué sería tan difícil. ¿No me podía facilitar un poco la tarea? Ya de por sí me resultaba difícil estar en carne humana, teniendo que soportar dolor, hambre y cansancio por no dormir lo suficiente, para encima tener que soportar tremendas batallas espirituales rechazando demonios, luchando por otros y su curación y teniendo que resistir las tentaciones y dificultades con que el Enemigo me acosaba sin cesar; era demasiado. Esas sí que eran pruebas. <sup>(23)</sup>

Sé lo que es que te calumnien. Sé lo que es que te planten. Sé lo que es verse amenazado. Muchas veces fui objeto de amenazas. <sup>(24)</sup>

Yo sé lo que es sentirse menospreciado. Sentí lo mismo que sienten ahora ustedes cuando algunos no me apreciaban ni valoraban lo que intentaba hacer por ellos. Vine a los Míos, y los Míos no me recibieron (Juan 1:11). Vine a sanar a los enfermos, y muchos no querían sanarse, sobre todo del espíritu. Sufrí el dolor del rechazo y de que no me correspondieran Mi amor y los sacrificios que hacía, sino que me lo arrojaban en la cara. Me despojé de toda reputación, me acusaron de pecador, de borracho y hasta de diablo (Filipenses 2:7; Juan 9:16; 10:20; Mateo 11:19). Me calumniaron y despreciaron sin causa, y finalmente me dieron muerte de tanto odio y miedo como me tenían.

Sé lo que es sentir que no piensen bien de ti. Pero me di cuenta de que ese era uno de los precios que tenía que pagar para darlo todo por Mi Padre y cumplir Sus designios y Su voluntad. En Mi corazón tuve que resolver no hacer caso de ninguna de esas cosas (Hechos 20:24). Estuve dispuesto a afrontar la dura realidad de que no todos me recibirían bien ni aceptarían Mi ayuda ni apreciarían lo que hacía por amor a ellos. Y eso es lo que les pido a ustedes.

Sé que duele y lastima, pero les ruego que no hagan caso y no permitan que los aparte de Mi servicio. Más bien dejen que los enternezca y les quiebre el corazón de forma que espiritualmente los impulse adelante más que nunca y los motive a acudir a Mí en busca de Mi perspectiva, Mi punto de vista, Mi consuelo e instrucción en esas épocas de maduración y de estirar la fe. <sup>(25)</sup>

¡Doy gracias porque podía acudir a la ayuda de Mi Padre, y Él nunca me defraudó! A veces era una prueba; no veía cuál sería el desenlace físico, y tenía que confiar en que Mi Padre sabía lo que hacía y todo estaba en Sus manos.



A veces era difícil persistir, porque sabía que me esperaban más batallas, pruebas y dificultades. Sin embargo, Mi Padre me asistía a cada momento, hasta que al final pude decir: “Consumado es”.

Mientras estuve en la Tierra no se me manifestó mucho aprecio ni gratitud, pero cuando me reencontré con Mi Padre, se me recompensó con creces cada sacrificio y dificultad, y volvería con gusto a pasar por todo eso si fuera necesario. Valió la pena cada prueba, cada dificultad, cada tentación. Todo valió la pena. Mi mensaje para ustedes es que tengan paciencia. ¡Sigán luchando día a día! <sup>(26)</sup>

No fueron solamente Mis enemigos los que me hicieron daño. Hubo momentos en los que Mis propios discípulos o Mis parientes directos no me entendían o no captaban lo que decía o el llamamiento que Dios me había hecho. Hubo momentos en que aquellos a quienes más amaba me abandonaron, me dejaron solo.

Así que conozco el intenso dolor y la angustia que se siente cuando alguien te defrauda. Pero tuve que seguir adelante a pesar de ese dolor. Tuve que cumplir el llamamiento que me había hecho Mi Padre, aunque justo cuando estaba a punto de hacer el mayor de los sacrificios me dio la impresión de que Mis discípulos y los que amaba me abandonaron y de que Mi propio Padre me hubiera vuelto la espalda.

Qué derrota más ignominiosa habría sido albergar el dolor que me ocasionaban las palabras de los demás y las acusaciones de Mis enemigos. Qué triunfo habría sido para el Maligno que me hubiera dedicado a atender Mis heridas o hubiera esperado a que otros se acercaran a pedirme perdón antes de cumplir la misión que me había encomendado Mi Padre de entregar la vida para salvar al mundo.

Al igual que ustedes, tenía una misión que cumplir. No disponía de mucho tiempo para cumplirla. A ustedes les pasa algo parecido, porque se acerca el Fin. Tengan la certeza de que para cumplir el llamamiento que les he hecho, si claman a Mí, tienen a su disposición la misma fortaleza sobrenatural que se me concedió para no hacer caso de las ofensas, las acusaciones y el dolor de lo que me decían y hacían. No se dejen detener por eso, porque si lo hacen se perderá mucho, y no solo para ustedes, sino para el progreso general de Mi obra.

Los quiero y necesito, a cada uno. Así que despójense de los pesos que los asedian y corran con paciencia la carrera que tienen por delante, puestos los ojos en Mí, el Autor y Consumador de su fe (Hebreos 12:1-2). Estaré a su lado y les daré la gracia, el perdón y todo lo que necesiten para que el bálsamo sanador de Mi Espíritu obre en su vida y transformen un corazón quebrantado y afligido en uno más grande y hermoso, ya que estará fundido con el Mío. <sup>(27)</sup>

1. Detalles íntimos de Mi vida! #3268:1,2
2. ¡Prenda de amor con motivo de la Celebración! #3226:7-14
3. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:25
4. ¡Prenda de amor con motivo de la Celebración! #3226:15-30
5. Palabras de sabiduría, 1ª parte #3614:88
6. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:20-23
7. Circular de Mamá nº6 #3156:113
8. Amor perfecto #3636:86, 87
9. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:50-59
10. La vida de Jesús en la Tierra, 1ª parte #3546:10-12
11. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:9-15
12. ¡No son del mundo! 1ª parte #3648:53,54, 82-84
13. ¡Estamos bien acompañados! #3557:59, 60
14. ¡Opten por la unidad! #3642:134, 135
15. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:48-52
16. ¡Detalles íntimos de Mi vida! #3268:3-6
17. Encontrar belleza en el collage de la vida #3598:62, 68
18. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:55-59
19. ¡Cartas de la Cumbre 96! 6ª parte #3092:41, 42
20. ¡No son del mundo! 1ª parte #3648:68, 69
21. ¡Al rescate! 1ª parte #3114:93, 94
22. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:28-30
23. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:60, 61
24. La vida de Jesús en la Tierra, 3ª parte #3561:9
25. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:16-18
26. La vida de Jesús en la Tierra, 2ª parte #3548:62- 64
27. La vida de Jesús en la Tierra, 4ª parte #3604:4-8